

lante de ellos. Consideraba la primera parte del *Enrique IV* del Shakespeare el mejor juguete cómico, luego la segunda parte, después las *Doce noches*; pero las obras de Shakespeare no pueden ser clasificadas en tragedias y dramas. Se habló también del drama *Isabel*, la forma más elevada de composición que él puede concebir para representar la vida como es.

Febrero 14, 1852.—Comida en casa de Mr. de Drummond, Trevelyan, Strutt, Tordes, Merivales, Macaulay. Fué muy agradable. Macaulay y Mr. Strutt, ambos confiesan al doctor Johnson haber experimentado algunas veces al andar la necesidad de pisar siempre en medio de las piedras del pavimento. Yo he temido en ocasiones esto mismo muy fuertemente.

Macaulay dijo que le habría gustado vivir en Londres un día en cada siglo desde el tiempo de los romanos á la fecha, pero que si le daban á elegir entre esta facultad y la de poderlo hacer en las centurias que sigan á la nuestra hasta la décimaoctava, preferiría esto último.

Convinimos todos en que nunca ha habido un período de treinta años como el de estos últimos en que tantos progresos hayan hecho en las artes mecánicas, á lo que añadió Macaulay, que para él la imprenta era un descubrimiento más grande aún que el de la aplicación del vapor, por más que haya sido tan rápido en resultados visibles. Nos habló de dos cartas que había recibido de América: una de un tal Mr. Crump ofreciéndole 500 dollars si introducía su nombre en su Historia; otra de la Sociedad de jóvenes filósofos de Nueva York que comenzaba: «Es posible que nuestra fama no haya cruzado el Atlántico.»

Mayo 4.—Comida en el Club, tan agradable como selecta. La conversación me hace recordar que lord

Aberdeen y yo consideramos el *Macbeth* como la obra principal de Shakespeare. Concurre lord Landsdowne. Macaulay piensa si podrá ser esto debido en parte á nuestros recuerdos de Mr. Siddons. Se inclina mucho á colocar las obras de Shakespeare por orden de valor literario, así: *Otelo*, *Lear*, *Macbeth*, *Hamlet* (1).

Noviembre 29.—Almuerzo con Macaulay. Cree que aunque los últimos ocho libros del *Paraíso perdido* contienen bellezas incomparables, la fama de Milton estaría todavía más alta si solamente se hubieran conservado los primeros cuatro que, en su opinión, habrían sido colocados por encima del nombre de Homero.

Una de las reuniones más atractivas que figuran en este *memorandum* fué la tenida un cierto día, veinticinco años después en que Hallam y Milman y Macaulay se ocuparon de clasificar por orden de valor las obras griegas y las de los dramaturgos elizabethanos. Debe recordarse que cada uno de estos entretenimientos representa una hora de conversación muy viva y brillante, interpolada con pasajes elegidos del escritor cuyos méritos se cuestionan, recitados como recitan la poesía hombres que leen sin esfuerzo y admiran sin

(1) Al mes siguiente tuvo lugar allí un almuerzo á que asistió el obispo de Oxford. «Extremadamente agradable—escribe lord Carlisle—y podía haberlo sido todavía más porque hubo allí mucha tendencia á hablar muy alto y todos á la vez.» En esta ocasión contó Macaulay una historia de un profeta francés del siglo xvii que se presentó al tribunal de la corte de la reina anunciando que el Espíritu Santo le enviaba á él á ordenar á lord Holt penetrarse *nolle prosequi*.—Si—dijo lord Holt—el Espíritu Santo ha necesitado *nolle prosequi* podía haberle rogado á usted que acudiese al procurador general. El Espíritu Santo sabe que yo no puedo penetrar *nolle prosequi*, pero hay una cosa que puedo hacer, y es arrojar un bribón por los pies, y al instante lo mandó prender.

afectación. «Cuando yo alabo un autor—acostumbraba á decir Macaulay—me gusta dar un ejemplo de su trabajo.» Generalmente, el ejemplo elegido era de los más favorables al autor. Tenía una vista tan perspicaz para reconocer aquello que sería de efecto literario, tan agradecido era para cualquier libro que le hubiese agradado aunque no hubiera sido más que por un momento, que escogía y retenía para siempre en su memoria lo que acaso era la única parte ó únicos versos bien hechos que podían citarse de todo el libro (1). Una historia epigramática extractada de alguna memoria llena de hojarasca del siglo pasado, y repetida en sus propias palabras—un remiendo de púrpura de algún sermón ó tratado político de tercer orden, tejido en la brillante fábrica de su conversación con aquel arte que en este caso era una segunda naturaleza—han tentado frecuentemente á sus jóvenes oyentes á recorrer volumen tras volumen de un trabajo prosaico ó locuaz, en el que un buen párrafo era tan raro como una cuchara de plata en un montón de polvo.

Cualesquiera que sean las faltas que puedan encontrarse en el modo de accionar de Macaulay como orador, su aspecto y modo de colocarse en la conversación eran de singular efecto. Sentado derecho, con las manos descansando sobre los brazos del sillón ó

(1) «Mi padre—decía Sara Coleridge—tiene un don especial de posesionarse de la única cosa brillante que haya en una materia tonta y aburrida. Yo recuerdo una gran campánula que crece en un bosque en Keswick; dos ó tres iguales encontré en mi país durante los días de mi excursión buscando flores. Así como nosotros presentamos una de éstas como ejemplo de campanillas azules del alegre Cumberland, ó una ó dos primaveras que pueden encontrarse entre una multitud de otras en una pradera del Somertelshire, como ejemplares de flores del campo, así él da estos extractos para probar lo que el escritor puede producir.»

cogidos al puño de su bastón—fruncidas sus grandes cejas si el asunto había sido objeto de largas meditaciones por su parte, mientras daba sus paseos acostumbrados, ó despejadas dejando libre la frente si se le ocurría algún pasaje de humor—sus formas macizas y noble mirada que armonizaba perfectamente con los sentimientos varonilmente sagaces que manifestaba en su voz sonora y agradable y en su lenguaje fuerte y admirablemente inteligible. Para ganar el ánimo de sus oyentes jamás necesitó emplear amaños y pensar dobleces, para los cuales no hubiese tenido tiempo. Y con todo su ardor y toda su fuerza y energía de convicción, era tan verdaderamente considerado hacia los otros, tan delicadamente cortés, con la cortesía que está en la esencia del ser y no solamente en las maneras. Por fogoso que hubiera sido el debate y prolongada la sesión, nadie tuvo jamás razones personales para pedirle ni una sola palabra de retractación ó una mirada ó tono para suavizar lo dicho. Durante la guerra de los cafres, cuando nosotros llevábamos la peor parte, abrió un día la puerta de la calle para pasear hacia Westbourne Terrace.—«Los negros están fugitivos», dijo su compañero.—«Desearía que estuvieran en el Africa del Sur», fué su contestación inmediata. Un domingo por la tarde que su familia se hallaba empeñada en la discusión de un nuevo teniente cura, uno de los niños preguntó si el reverendo señor había recibido siempre una certificación.—«Me gusta, hijo mío, dijo Macaulay, que no quieras poner bozal al buey que pisa fuera del grano.» Algunas veces gustaba de dar forma epigramática á su pensamiento. «Me llama usted liberal—decía—porque en estos tiempos sirvo bajo esta bandera; pero le advierto que me opongo á la abolición de los ejércitos per-

manentes, á la de la pena capital y á la destrucción de la Iglesia nacional; en una palabra, yo defiendo la guerra, la horca y los establecimientos religiosos.»

Estuvo casi á punto de aceptar un amistoso desafío en un hecho de memoria. Un día, en la sala de consejo del Museo británico, Sir David Dundas veía en la mano de lord Aberdeen una porción de pliegos cubiertos con escritura dispuesta en tres columnas paralelas de cuatro páginas cada uno de ellos. Este documento, cuya tinta estaba aún fresca, pretendía ser una lista completa de los antiguos oradores que estaban registrados en el calendario de la Universidad. En otra ocasión, Sir David preguntaba:—«Macaulay, ¿tiene usted conocimiento de los Papas?» «No, fué la respuesta, porque cometo errores en los Inocentes.»—«¿Pero puede usted decir los arzobispos de Canterbury?»—«Cualquiera, dijo Macaulay, puede decirlos partiendo de los modernos hacia atrás», y comenzó la relación, deteniéndose solamente en uno, para hacer notar la particularidad de haber existido un arzobispo, Saneroff, y un arzobispo, Bancroft, hasta que sir David le detuvo en Cranmer (1).

Rara vez intentó Macaulay extender el círculo de sus amigos y relaciones. Su disgusto por las relaciones y amistades que nacen casualmente en los salones de Londres aumentó en él con los años. Opinaba como Casaubon en su vejez, y quería ser precabido en esto, porque un hombre no puede vivir con los holgazanes y con las Musas juntamente. «Era muy propenso—

(1) Macaulay estaba orgulloso de su buena memoria, y simpatizaba poco con las gentes que afectaban tenerla mala. En una nota marginal en uno de sus libros reflexiona acerca de esta forma no rara de desprecio propio: «Ellos parece que razonan así: A mayor memoria, menor invención.»

dice lady Trebelyan—á aburrirse en medio de la gente, hallándose en las mejores y más agradables casas. Tenía que hacer un esfuerzo para comer fuera de la suya, y pocas personas de aquellas que tratándole con más intimidad, gozaban de su conversación, podían convencerse de que le gustase más bien quedarse en su casa trabajando mucho; me costaba trabajo obligarle á aceptar invitaciones, con objeto, muchas veces, de evitar que siguiese vegetando en reclusión. Pero aunque le molestaba tan fácilmente la sociedad en general, jamás se aburrió cuando estaba solo ó con aquellas personas que quería. Muchas personas gustan de los niños, pero él era la única que he conocido que nunca se cansara de estar con ellos. Muchas veces venía á nuestra casa, en Clapham ó en Westbourne Terrace, inmediatamente después de almorzar, y no encontrándome, se pasaba toda la mañana charlando con ellos, y después de tomar conmigo el *lunch* se llevaba á Margarita á dar un paseo por la City que duraba toda la tarde. Estos días eran casi siempre notados en su diario como los más felices.»

No hay exageración en todo lo que se diga acerca del placer que Macaulay experimentaba en el trato con los niños, entregándose á ellos. Era para ellos y por encima de toda comparación, el mejor compañero de juego, y no tenía rival en la invención de juegos, que nunca se cansaba de repetir. Poseía un repertorio inagotable de pequeños dramas para entretenimiento de sus sobrinos, en los que hacía una porción de papeles con un conocimiento que en todas ocasiones era suficiente para entretener á su auditorio. Un antiguo amigo de la familia escribía á mi hermana lady Hollad: «Me acuerdo muy bien de un drama, cuyas decoraciones se construían con periódicos detrás

del sofá, en que figuraban ladrones y tigres: chillaba usted llena de terror, pero enteramente fascinada, y le pedía que repitiera otra vez; y él repetía su observación diaria que, después de todo, los niños eran los únicos poetas verdaderos.

Cuando se hablaba lejos de sus pequeños compañeros, se consolaba, y los consolaba por el mutuo cambio de largas cartas. La primera en fecha de las que él escribió, comienza como sigue:

Septiembre 15, 1842.

Mi querida Baba (1): Muchas gracias por tu linda carta. Estoy contento siempre que veo feliz á mi niñita y nada me alegra tanto como saber que te gustan los libros. Cuando tengas más edad estoy seguro de que los encontrarás mejores que todas las tortas, bollos, juguetes, juegos y vistas del mundo. Si alguien pudiera darme las cosas generalmente más estimadas, como palacios y jardines, abundantes y buenas comidas y vinos, bellos coches y vestidos bonitos, con un ciento de criados, á condición de que yo no había de leer, no aceptaría nada de esto, quiero más bien ser un pobre hombre en una guardilla con plenitud de libros que un rey poderoso á quien no le guste leer.

Escribía cinco años más tarde: «Debo comenzar tarde ó temprano á llamarte Margarita, y estoy ya haciendo mis buenos propósitos de llevarlo á cabo, pero que los quebranto enseguida. No quiero dilatarlo para más tarde, porque

(1) Baba era nombre familiar de su sobrina Margarita, derivado del de su nodriza inda.

La tardanza es el ladrón del tiempo

que dice el doctor Young, quien también añade:

Sé prudente hoy. «Es locura diferir.»

y

El día siguiente aboga por el precedente.

Que es como decir que si no tengo cuidado seguiré llamando Baba á mi querida niña hasta que tenga la edad de su mamá y una docena de Babas suyas. Por esto desde hoy te llamaré «Margarita». Me gustaría veros á ti y á la tía Fanny en Broadstairs, pero me temo que no pueda ser. Tu tía me ruega que trampee la asistencia al consejo de Chelsea, pero yo permanezco en Inglaterra principalmente para asistir á él. Cuando se haya cerrado el Parlamento, no me queda otro deber que cumplir, por el cual me dan dos mil cuatrocientas libras al año. Debemos tener alguna conciencia.»

«El día de San Miguel quisiera, y tengo esperanza de ello, que nos hallase á todos en Clapham alrededor de un hermoso ganso bien preparado. Necesitaré recordar el bello himno *Pusserpta al día de San Miguel*. Es gran favorito de todos los tractugianos. Alice y tú podéis aprenderlo. Comienza así:

No obstante el ceño cuáquero; no obstante los alaridos baptistas;
no obstante la ira de Brethren de P. Cymonth,
los hombres de iglesia se regocijan hoy
con salsa de manzanas, cebollas y salvia.

Ocupando al cuchillo y al tenedor, sacando el corcho,
y teniendo en la mano la botella,
por cada trozo de ganso tomaré
una copita llena de brandy.

¿No es esto bueno? Admiro al autor, quienquiera que pueda ser: no creo que sea Newman, porque la canción es anterior á él; quizá sea el obispo Wilberforce.

La carta siguiente está en un tono grave como convenía al corresponsal de una señorita que tenía que pasar ya tan sólo dos años en los salones de la escuela.

Octubre 14 de 1851.

Querida Margarita: Me dices cuánto te gusta el *María Estuardo*, de Schiller. No es una de mis obras favoritas; la coloco la cuarta entre las mejores del mismo autor, de este modo: *Wallenstein*, *Guillermo Tell*, *Don Carlos*, *María Estuardo*, la *Doncella de Orleans*. Después de un gran intervalo coloco *La Novia de Mesina*; y después de ésta, y á una gran distancia, *Fieschi*. *Intriga y Amor* jamás conseguí terminarla. *Los Bandidos* son un mero delirio de muchacho de la escuela, indigno de una crítica seria, pero que no está desprovisto de algunos detalles de vigor mental, y que necesita leerse con mucha atención y estudio. Pero aunque no pongo á *María Estuardo* en el lugar más alto entre las obras de Schiller, creo que la escena en *Fotheringay*, en el quinto acto, iguala á cualquier otra de las mejores que él ha escrito, realmente igual á lo mejor que en obras dramáticas se haya producido en Europa desde Shakespeare. Tengo esperanza de que sentirás la verdad y belleza admirables de aquella parte de la obra.

No puedo convenir contigo en admirar á *Sintram*. Hay una edad en que estamos dispuestos á pensar que cualquier cosa rara y extravagante es grande. A esa

edad somos dominados por oradores tales como Irving, por pintores como Fuseli, por juguetes como *Los Bandidos*, y novelas como *Sintram*. Vienen después tiempos mejores, cuando damos todos los mamarrachos de Fuseli por unos niñitos de Reynol y todos los diálogos de *Sintram* con la muerte y el diablo por un discurso de Mrs. Norris ó miss Bates. Dime, no obstante, como de pasada y verdaderamente lo que tú piensas de *Sintram*.

Ayer he visto una descripción mía en un escrito de Nueva York. Dice el autor que soy un hombre corpulento, con ojos castaños; que siempre me paseo con un paraguas, que algunas veces sacudo contra el suelo; que como generalmente en el café de Trafalgar, donde una vez me ha visto romper una botella, pero que yo no dije nada para no avergonzarme de mi torpeza, y pedí mi cuenta con tanta tranquilidad como si nada hubiese sucedido. No me acuerdo de tal acontecimiento, pero si tuvo lugar, no creo que me privara del dominio de mí mismo. Esta es la fama y la ventaja de figurar en el mundo.

Esta ha sido la última semana de la gran Exposición, y me da pena recordar nuestros muchos y muy felices paseos por allí. Mañana iré á la ceremonia final y trataré de oír la acción de gracias del obispo de Londres, á la que me uniré cordialmente. Este será recordado durante mucho tiempo como un año feliz, de paz, abundancia, buenas esperanzas, placeres inocentes y gloria nacional de la clase mejor y más pura.

He mandado buscar un *Schiller* para ti; está en poder del encuadernador, y espero que esté listo antes de tu vuelta.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.